

El Museo Canario

XLV



LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1984

PINTURAS
ANTROPOMORFAS
DE MAJADA ALTA
(GRAN CANARIA)

En el término municipal de Tejeda, a unos 800 metros al oeste del muro de la presa de Las Niñas, y a una altura de 950 metros sobre el nivel del mar se encuentra la Cueva de Majada Alta.

Se trata de un alvéolo u oquedad natural, formado de grandes bloques basálticos, cogidos con material de conglomerado.

Las dimensiones del recinto son 3,60 metros de largo por 2,45 metros de ancho, siendo su altura máxima de 3,13 metros. La entrada, cerrada en la actualidad con una pared de bloques y una puerta con barrotes, está orientada hacia los 160°.

Dentro de esta pequeña cueva se encuentra una serie de pinturas antropomorfas descritas ya en 1962 por S. Jiménez Sánchez y posteriormente por algunas cortas referencias de varios autores.

Se trata de dos núcleos de pinturas (probablemente realizadas con almagre disuelto en grasa animal, y utilizando los dedos como instrumento) situados en dos bloques basálticos. Hoy se distinguen seis figuras humanas intactas y siete muy deterioradas y retocadas con tiza blanca, en el bloque mayor, y dos figuras que aún conservan parte de la pintura original (aunque también retocadas) en una piedra que sobresale del techo.

Las dimensiones de estas figuras oscilan entre los 29,5 cm. en la más larga y los 15 cms. de la más corta. La roca basáltica donde se encuentra el grueso de las pinturas pre-

EL MUSEO CANARIO



Edición patrocinada por la
CONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES DEL GOBIERNO DE CANARIAS

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

DEPÓSITO LEGAL: G. C. 37-1961

ISSN 0211-450X

ARTES GRÁFICAS CLAVILEÑO, S. A. - PANTOJA, 20 - 28001 MADRID - (1984)

Consejo de Redacción :

JOSE MIGUEL ALZOLA GONZALEZ

LOTHAR SIEMENS HERNANDEZ

JULIO CUENCA SANABRIA

ALFREDO HERRERA PIQUE

JUAN MANUEL DIAZ RODRIGUEZ

Director :

MANUEL HERNANDEZ SUAREZ

Secretario :

JUAN ANTONIO MARTINEZ DE LA FE

Redacción y Administración: EL MUSEO CANARIO, Dr. Chil, 25.

35001 Las Palmas de Gran Canaria.

Toda la correspondencia al Secretario

LAS "COPLAS DE HUPALUPO". UN EPISODIO DE LA HISTORIA DE LA GOMERA

MAXIMIANO TRAPERO

En el trance de unas recientes encuestas romancísticas por la isla de La Gomera me encontré que la historia de la isla seguía viva en el recuerdo de sus gentes a través de la tradición oral, no precisamente en forma de romances, como en Castilla ocurre con muchos de sus episodios y personajes famosos de la Edad Media, sino en forma de leyenda. Porque hay que decir que en Canarias no hubo nunca época *aédica* romancística: cuando las Canarias se incorporan a la Corona de Castilla ya el romancero había pasado a su etapa *rapsódica* y lo que ocurrió fue simplemente que los viejos romances castellanos fueron traídos de allá y se acomodaron aquí a los gustos y a la tierra de los isleños, pero ningún episodio de la conquista y colonización de las Canarias dio origen a ningún romance, a pesar de que materia épica y novelesca había para ello en abundancia. A esa conclusión se llega después de la ausencia total de referencias al respecto por los cronistas primitivos y del rastreo minucioso que desde finales del siglo XIX y hasta la actualidad se ha efectuado en la tradición oral de cada una de las islas. Pierden el tiempo, por tanto, los que todavía se empeñan en encontrar romances que relaten los episodios de la conquista o, menos aún, de la época prehistórica de Canarias; romances antiguos, se entiende, porque romances modernos sobre aquellos episodios cualquiera puede hacer conociendo la historia o la leyenda de aquellos hechos. Lo que en el pueblo de La Gomera se conserva en forma de leyenda y con muy vivos y precisos detalles es el episodio de la muerte de Fernán Peraza, señor feudal de la isla, sin duda el más relevante de su historia por las consecuencias terribles e inmediatas que traería para sus pobladores.

El episodio, ocurrido a fines del siglo XV, es históricamente cierto y de él han quedado suficientes documentos, relatos, crónicas y referencias que lo confirman. Sucintamente éstos fueron los hechos: Fernán (o Hernán) Peraza, "el joven" o "el mozo", para diferenciarlo de su abuelo Fernán Peraza, "el viejo", primer gobernador que fue éste de La Gomera y constructor de la famosa Torre del Conde de San Sebastián de La Gomera, recibe el gobierno de la isla de ma-

nos de su madre, Inés Peraza de Ayala, casada con Diego García de Herrera, señores que eran de las islas menores (Fuerteventura, Lanzarote, Gomera y Hierro) antes que se iniciase la conquista de las mayores (Gran Canaria, Tenerife y La Palma) bajo la iniciativa de los Reyes Católicos. El joven Peraza gobierna su isla de forma despótica y cruel, atropellando derechos y vidas y haciendo cada vez mayor el descontento de sus vasallos gomeros. Estos, al mando del viejo jefe de la tribu de Arupe, Hupalupa, y tomando como pretexto los amoríos que mantenía Peraza con la hermosa indígena Iballa, deciden sublevarse y matarlo. Así lo hacen cuando salía de una de sus frecuentes visitas a la cueva de su amante. Beatriz de Bobadilla, esposa de Peraza, se hace fuerte en la Torre de San Sebastián y pide ayuda a Pedro de Vera, conquistador de Gran Canaria, que en breves días llega a La Gomera con un gran número de tropas, atrayendo por medio de engaños a los sublevados y cometiendo sobre ellos terribles atrocidades: los mayores de quince años serán muertos en la horca, quemados o ahogados en el mar, los menores, las mujeres y los viejos serán vendidos como esclavos o deportados de la isla.

Los gomeros, después de cinco siglos, siguen recordando estos hechos por tradición oral. Tal debió ser el impacto que marcó la conciencia colectiva de sus futuras generaciones. Como ocurre siempre, la oralidad y un no pequeño subjetivismo en este caso han novelizado las circunstancias y han formado sobre el relato histórico un relato legendario. El testimonio oral que conserva la tradición gomera sigue hablando de la muerte de un señor despótico y cruel a manos de unos indígenas, pero las causas y las circunstancias de la muerte se han desdibujado, acomodándose ahora a las mentalidades cambiantes de otra época ya muy distante de aquélla en que los hechos ocurrieron y, naturalmente, dando explicación interesada a lo que en la historia escrita no lo tenía, recreando —como ocurre siempre con la literatura oral— según el sentir y entender de una colectividad interesada. Fueron varios los informantes gomeros que me contaron la historia completa y fueron muchos más los que sabían de su existencia, aunque no pudiesen comunicar más allá de retazos aislados o referencias vagas, pero el episodio seguía vivo.

Mayor sorpresa fue encontrarnos con el recuerdo de la muerte de Fernán Peraza no en forma de leyenda prosificada, sino en forma versificada en unas “coplas” compuestas por un poeta popular de Valle Gran Rey. Y lo que son las cosas: el proceso de recreación continúa y lo que el poeta popular de Valle Gran Rey versificó empieza a popularizarse y amenaza con imponerse a las versiones propiamente tradicionales que vivían hasta ahora. Fueron dos los informantes que nos comunicaron íntegramente y de memoria esas “co-

plas” y muchos más, también, los que sabían de su existencia y que las daban por la versión verdadera de los hechos. No sabemos hasta qué punto el poeta popular de Valle Gran Rey versificó sólo lo que él sabía por tradición oral, como otro miembro cualquiera de la colectividad gomera, o se dejó influir por los relatos escritos que sobre el episodio hicieron los cronistas del xvi o, más aún, lo que él mismo inventó como autor. Sabido es el gran prestigio que tiene sobre el pueblo la letra escrita, así que no es de extrañar que estas coplas que empiezan a circular en copias manuscritas se extiendan por toda la isla y desplacen a las otras versiones tradicionales, imponiéndose como versión única y más autorizada.

El autor, según nos dijeron, fue Manuel Roldán Dorta, de Valle Gran Rey, muerto hace ya bastantes años y “coplero” famoso que fue en la isla, pues además de esta composición tenía otras referidas a acontecimientos relevantes de la propia Gomera o de las islas vecinas. Su nombre figura aún en las copias manuscritas que pudimos ver y su recuerdo y prestigio está muy extendido por toda la isla. Pero hay que decir que La Gomera tiene muchos y buenos versificadores, que poseen —yo creo que de forma innata— ese don especial de hablar con lenguaje versicular, y que por lo tanto el tal Manuel Roldán Dorta no debió ser más que uno de los tantos poetas populares, de los buenos, eso sí, que vivían y viven en la isla.

Sus “coplas” se titulan así: *Coplas de Hupalupo. Narración verdadera en décimas de la historia de La Gomera*. En realidad, como se dice en el título, se trata de una narración en 38 décimas populares (que en los tratados de métrica se llaman también *espinelas*), estrofa muy popular en las islas Canarias por la intercomunicación tan intensa que la emigración trajo entre Cuba y Canarias. Se trata de unas estrofas de inspiración popular, de diez versos octosílabos, de una gran riqueza rítmica y de rima consonante cambiante por cada estrofa aunque siempre sometida al esquema *abba ac cddc*, es decir, dos redondillas con dos versos intermedios, el quinto y el sexto, que riman, respectivamente, con el último de la primera redondilla y con el primero de la segunda. No poseo una copia original ni autorizada por el autor; la que transcribo al final es la que recogí oralmente de dos de mis informantes de Valle Gran Rey: Concepción Dorta de Niebla, de setenta y cuatro años, y José Damas China, de ochenta y tres años, el día 22 de agosto de 1983, por eso no puedo decir si las irregularidades métricas que esta versión tiene se deben al autor o a mis informantes; pero pienso que tratándose de una primera transmisión y habiendo sido aprendida por éstos por escrito las irregularidades se deban mejor al primero que a los segundos. Nada de extraño tiene ni desde luego desmerece por ello el

que una composición tan larga como ésta, por sus propias características, tenga fallos de rima o versos mal contados; al contrario, su abundancia es consustancial con el carácter popular de la forma estrofica utilizada y el "oficio" de su autor. Hay muchos casos en los que la rima se convierte en asonante (estrofa 4-verso 7, 9-9, 11-3, 11-4, 18-3, 20-4, 26-3, 27-10, 28-3, 31-3, 32-3), otros pocos en que la rima falla absolutamente (4-1, 18-9, 26-9) y muchos más en los que la regularidad silábica del verso octosílabo se quiebra o no sigue las preceptivas al respecto (2-9, 2-10, 3-10, 6-2, 6-10, 9-3, 10-8, 11-7, 13-3, 15-3, 17-4, 17-6, 22-6). Pero no son éstos los aspectos que más nos interesa comentar.

Lo que sí interesa un poco más por extenso es resaltar la visión particular del autor sobre el hecho histórico narrado. Bien claro que entendemos aquí al autor como una voz de una colectividad y de un saber tradicional y no como un creador individualista. Lo más probable es que, de popularizarse su obra y entrar a formar parte del patrimonio cultural del pueblo gomero, su nombre desaparezca de las copias manuscritas y que, pasadas algunas generaciones, se borre también de la memoria popular. El destino más glorioso a que puede aspirar un poeta popular es a hacerse pueblo, a confundirse en el anonimato del pueblo Legión y que su obra pierda la fijeza del texto escrito para hacerse también patrimonio colectivo.

Existen algunas inexactitudes en las coplas que no concuerdan con la historia, como el de llamar *Conde* a Fernán Peraza (4-6, 5-1) o hacerle *primer* Señor de la isla (5-3). Tal cosa no es cierta, pero nada tiene de extraño dado el complicado árbol genealógico de los Peraza. El *primer* Peraza que llega a La Gomera, fundador de la casa señorial y de la llamada "Torre del Conde", que aún está en pie en San Sebastián, es Fernán Peraza, "el viejo", que fue abuelo por vía materna de Fernán Peraza, "el joven", el protagonista de nuestra historia. Pero el título de *Conde* lo obtiene el hijo de éste y de Beatriz de Bobadilla, Guillén Peraza de Ayala, titulado "Primer Conde de La Gomera", y que no hay que confundir con el otro Guillén Peraza, el protagonista de las famosísimas *endechas*, que murió al intentar el ataque a la isla de La Palma, hacia 1446, que era hijo de Fernán Peraza "el viejo" y tío, por tanto, de Fernán Peraza "el joven". Es inexacto también el nombre de Hupalupo, el viejo jefe de la tribu de Arure y verdadero protagonista de estas coplas, por deformación fonética de su nombre verdadero Hupalupa, y que aquí se le hace padre de la bella Iballa (7-5) cuando la historia no le atribuye tal condición. De ahí que Iballa sea llamada *princesa*, cosa que tampoco debe extrañarnos por cuanto la leyenda popular hace princesas a todas las mujeres indígenas canarias que por una causa o por otra

han individualizado su nombre para la posteridad: así también Guayarmina, Guacimara, Gara, Dácil y tantas otras. Por otra parte, se llama en las coplas simplemente Pedro al joven indígena prometido de Iballa (9-9), ejecutor material de la muerte de Peraza, que la historia le conoce por el nombre le Autacuperche. Parece desprenderse de las coplas la condición de harimaguada de Iballa (8-7 y toda la estrofa 9), es decir, de joven virgen consagrada al rito de las libaciones, una especie de vestal indígena, cuestión que más parece también fruto de la leyenda que de la historia. Pero ni la misma historia se pone de acuerdo en decir quién fue el iniciador de la conjura contra Fernán Peraza, conjura que en nuestras coplas se atribuye claramente a Hupalupo (16-6), eso sí, conjuntando varios motivos: la indignación del padre que ve en peligro la honra de su hija (14-9 y 19-6) y el malestar colectivo por la represión y dureza con que son tratados los isleños (estrofa 17). Hay distintas versiones sobre el lugar en que se celebró la reunión secreta de la conjura; las coplas hablan de "La Baja del Secreto" (16-4), peña que existe, y así se llama, mar adentro en la playa de Gran Rey, pero otros lo sitúan en una cueva en lo alto de Taguluche, lugar cercano al pueblo actual de Arure. En las coplas se dice también que fueron tres los conjurados (16-2): uno el propio Hupalupo, otro Pedro (se sobreentiende Autacuperche) (19-4) y un tercero al que se le da el nombre de "rey" (21-3) y que resultará ser el propio hijo de Hupalupo (22-6) y hermano, por tanto, de Iballa. Los detalles de este episodio particular distan mucho de ser los verdaderos, desde el número y condición de los conjurados hasta la muerte que dieron a ese "rey" hijo de Hupalupo, clavándole "un puñal en el corazón" (21-9), pasando por el acuerdo tomado en la reunión de dar muerte a Beatriz de Bobadilla (estrofas 20 y 26-4). Se aparta también de la historia el autor de las coplas en el punto de la muerte de Fernán Peraza: las crónicas dicen que atravesado por un dardo lanzado por Autacuperche, que lo esperaba en lo alto de la cueva de Iballa, en las coplas luchando cuerpo a cuerpo (25-3) y a manos, eso sí, del mismo Autacuperche.

El desenlace de las coplas no puede ser más legendario: poco o nada tiene de histórico y sí mucho de elaboración personal por parte del autor a la vista de otras historias y leyendas de la prehistoria y conquista de otras islas del Archipiélago y que por similitud se traen aquí. Así, por ejemplo, la huida de Iballa y Pedro (Autacuperche) a Tenerife sobre unos foles (pieles de cabra hinchadas) propiciada por Hupalupo (estrofas 36 y 37) y la misma muerte de Hupalupo, lanzándose al abismo desde lo alto de un risco (38-4). Lo de los foles hinchados como rudimentario instrumento de navegación entre La Gomera y Tenerife es un motivo que aparece en la bellísima leyenda

da, también gomera, de Gara y Jonay, y lo de despeñarse voluntariamente antes de caer en manos de los conquistadores es una costumbre que determinados aborígenes de Gran Canaria y Tenerife establecieron en lugares como Tirma o Ansite (Gran Canaria) o la sierra de Anaga (Tenerife). Las crónicas primitivas no nos dicen nada de ese trágico final de Hupalupo y es lógico suponer que de haber sido así los historiadores se hubiesen encargado de dar noticia tan llamativa de tan sobresaliente personaje. Al contrario, conociendo la participación de Hupalupo en la conjura y muerte de Fernán Peraza y el prestigio que ostentaba sobre las tribus de La Gomera, parece más probable que Hupalupo fuese una de las principales y primeras víctimas de la venganza despiadada que Pedro de Vera se tomó sobre los indefensos gomeros una vez que llegó a la isla en auxilio de la sitiada Beatriz de Bobadilla. Incluso hay quien ha dicho que Hupalupo, por la relación amistosa que mantenía con Peraza, murió al poco de pena previendo los castigos que habrían de llegar sobre sus pupilos.

En fin, mayor interés tiene el papel de Iballa en estas coplas por lo novedoso y por la visión tan particular que el pueblo ha logrado dar a lo que fue histórico. Me refiero a los amores entre Iballa y Fernán Peraza. Es precisamente en este punto en donde la leyenda se aparta más de la historia, creando unas situaciones nuevas que interesan al sentimiento colectivo popular. Es decir, la Iballa de *Las coplas de Hupalupo* es la mujer que al pueblo gomero le hubiese gustado que hubiera sido: casta, honesta, fiel guardadora de su precepto divino de célibe harimaguada, recatada con su compromiso con Pedro (Autacuperche), obediente con las leyes de sus antepasados, sumisa hija de un Hupalupo que encarnaba las virtudes todas de la raza, altiva y guerrera con el conquistador, desdeñosa con el extranjero. Pero lo cierto es que esa Iballa no es la Iballa de la historia: lo cierto es que el amor apasionado del conquistador se vio correspondido siempre con iguales sentimientos por parte de la indígena; lo cierto es que los amores de Peraza e Iballa no fueron, ni mucho menos, un escaqueo momentáneo y pasajero del conquistador, sino un verdadero romance que duró desde el año primero en que Peraza puso pie en la isla hasta el día mismo de su muerte; lo cierto es que Iballa se entregó a Peraza con la misma pasión que Peraza la buscaba, que, en fin, la actitud de Iballa desencadenó el malestar creciente de los gomeros para acabar en la tragedia de tan funestas consecuencias para su propio pueblo. Esto es lo histórico y lo otro lo que la tradición popular ha querido y sabido desdibujar a lo largo de generaciones de transmisión oral. Porque hay que decir que la Iballa de *Las coplas de Hupalupo* no es únicamente el resul-

tado de una creación personal, en este caso la de un poeta popular de Valle Gran Rey, sino la Iballa que la tradición popular ha forjado a lo largo de cinco siglos, pues así es en el relato de cualquier informante gomero que sepa la historia, aunque no las coplas. Lo que sí es evidente es que Fernán Peraza no fue precisamente lo que se llama un santo ni con los hombres ni con las mujeres de La Gomera. Las coplas lo pintan muy bien cuando dicen que fue “un déspota tirano” (5-4) que ni respetaba el honor de los hombres ni tampoco a sus mujeres y que aquél que se opusiera a sus caprichos “al punto era cautivado y con rigores castigado” (6-6 y 7). Seguramente Iballa no fue el único blanco de sus conquistas amorosas, que más bien —como también dicen las coplas— “la mujer que le gustaba para sus placeres era” (6-3 y 4), pero que Iballa se convirtió en la conquista preferida y gustosamente consentida por ambas partes durante mucho tiempo es algo histórico que está muy en contradicción con lo que se dice repetidamente en las coplas (8-5, 13-8) de que Peraza no logró el amor de la bella gomera. Tan fue así que Peraza fue muerto precisamente cuando salía de una de sus visitas periódicas a la cueva de Iballa.

Estas son las coplas y éstos los versos que recogí oralmente, junto con mi mujer, Elena Hernández Casañas, un día del verano de 1983, de dos informantes de Valle Gran Rey.

COPLAS DE HUPALUPO

1

La reina doña Isabel
la Católica tenía
una dama que decía
que era su bello vergel.
Dicen que en el tiempo aquél
era la dama más bella
y la más radiante estrella
que en toda España se hallaba,
espejo en que se miraba
la reina y señora de ella.

2

Muy poco duró el edén
a nuestra reina su espejo
pues el rey de amor perplejo
quiso verse en él también.

Allí comenzó el baibén
de Isabel y Beatriz;
no había nadie feliz
por causa de la manzana;
dejémonos de jarana;
aquí hubo algún deslíz.

3

La reina como una hiena
de celos de amor crujía
cual cruje la mar bravía
contra la playa serena.
—¿Cómo vengaré mi pena
contra mi vil traicionera?
Voy a andar a la carrera,
por fin la voy a casar
y la voy a desterrar
a la isla de La Gomera.

4

Aunque el espejo empañaba
a Hernán Peraza llamó,
a Beatriz le ofreció
y la aceptó con agrado.
Le dijo: —¿Estás titulado
ser conde de La Gomera!
Gobernarás como quieras,
mañana te embarcarás
pero jamás volverás
con tu esposa a esta ribera.

5

Nuestro conde y soberano
a San Sebastián llegó
donde su casa fundó
siendo un déspota tirano;
a todo buen ciudadano
de consumo lo grabó;
a su honor no respetó
ni tampoco a sus mujeres
y se entregó a los placeres
causa porque al fin murió.

6

Los valles de La Gomera
con sus vasallos paseaba:
la mujer que le gustaba
para sus placeres era;
el padre que se opusiera
al punto era cautivado,
con rigores castigado
y en un continuo sufrir.
Más preferían morir
que seguir en aquel estado.

7

Cerca de Gerián vivía
un sabio que se llamó
Hupalupo y lo dotó
Dios con su sabiduría.
Este una hija tenía
tan bella y tan seductora
que ni la naciente aurora
ni las rosas encarnadas
no la igualaban en nada
con ser tan encantadora.

8

El conde esta joven vio
y de ella quedó prendado,
ciegamente enamorado
tanto que la apeteció.
Pero su amor no logró;
fue con desdén rechazado
por un precepto sagrado
que ella tenía ofrecido
que mientras no sea cumplido
su honor no ha de ser tocado.

9

Ella hacía libaciones
sobre la montaña santa
de leche y con fe tanta
rezaba sus oraciones:
ni en fiestas ni en diversiones
Iballa podía estar;
no se podía casar
por más que estaba ofrecida
con Pedro y bien le cumplía
y no podía faltar.

10

Volvamos a Hernán Peraza
que está loco enamorado,
todo su intento impulsado
por si le puede dar caza.
Siempre urdiendo mala traza
un banquete organizó;
a Hupalupo invitó
al palacio de casa Seda;
allí la cosa se enreda
como más tarde se vio.

11

Tuvo muchos convidados
los que obsequió con cabrito,
con manjares exquisitos
y vino aromatizado.
Todos siguen animados,
el conde a todo atendió;
a Hupalupo brindó
un narcótico con vino
que le hizo perder el tino
y aletargado cayó.

12

El conde cuando esto vio
quedó alegre y placentero,
montó en caballo ligero
y a casa Iballa marchó.
Y ella que se asomó
para conocer qué hombre
cuando conoció al conde
que a su puerta le tocaba
ella no le contestaba
ni abre ni le responde.

13

El vil conde enfurecido
como una fiera bramaba
pero su intento ni lograba.
Era como un toro herido.
De rabia está sin sentido
y de amor desesperado
viendo que su objeto amado
no podía conseguir:
lo que le quitó el dormir
y lo tiene trastornado.

14

Hupalupo al despertar
de su profundo letargo
exclamó: —¡Oh, Dios, qué amargo
hallo en mi hija pensar
que este vil pueda llegar
a lastimarle su honor!
¡Oh, que terrible dolor
en mi alma sentiría!
¡Venganza, Virgen María
contra este infame traidor!

15

Vino la noche y con ella
la luna serena y clara
sin una nube que estorbara
los resplandores de aquélla.
Era una noche muy bella,
trágica, quieta y serena.
Los hombres van por la arena
de las orillas del mar
y se echaron a nadar
sin una pizca de pena.

16

Con gran silencio y respeto
a los tres se ve nadar
y al poco rato preparar
a la Baja del Secreto.
Dijo Hupalupo completo:
—Tendremos una asamblea
pues aquí no hay quien nos vea,
gracias a Dios puedo hablar
libremente y respirar
y triunfará nuestra idea.

17

Como ya sabéis, el conde
nuestra ley ni honor respeta,
nuestra desdicha es completa,
eso no se os esconde.
¿Adónde iremos, adónde,
que no seamos azotados?
Por eso aquí sois llamados
para dar muerte a esta fiera
y librar nuestra Gomera
de ser sus hijos esclavos.

18

Esto sólo Dios lo oirá
por hallarnos desviados
de la tierra muy sagrado
de que nadie lo sabrá;
la muerte se le dará
y nuestro Dios nos ampare.
Esto no hay quien lo declare
que el mar todo lo rodea
pues la tierra es hembra y pare.

19

—¡Yo mataré a este bandido,
el alma le arrancaré
y su sangre beberé!
—dijo Pedro enfurecido.
¡Ese perro ha pretendido
deshonrar a mi adorada,
esa flor pura y sagrada
en quien venera mi pecho!
¡Yo vengaré ese mal hecho
o de mí no queda nada!

20

—Agora con ligereza
debemos sin vacilar
a San Sebastián llegar
y dar muerte a la condesa;
arrancar con gran firmeza
ese vil y gran sarmiento,
para que no hagan el cuento
arrancarlo de raíz.
¡Muera también Beatriz
para ejemplo y escarmiento!

21

Dijo Hupalupo: —Nos vamos,
ya daremos con la clave.
Dijo el rey: —¿Y si se sabe?
—Cobarde, ¿en qué quedamos?
¿tú no sabes dónde estamos
y nos van a descubrir?
¡Antes de eso has de morir,
idiota, sin condición!
Un puñal al corazón
le hundió y se sintió gemir.

22

Dijo Pedro: —¡Lo mató!
—¡No, yo no lo he matado;
eso fue el deber sagrado
lo que mi mano impulsó!
Ni una lágrima vertió
aunque era su hijo amado;
todo en silencio ha quedado
y se echaron a nadar;
el cadáver cayó al mar
donde quedó sepultado.

23

Todo estaba ya tramado.
Salió Iballa a pasear
con sus damas y al llegar
aguas de un señalado
vio al conde que hacia su lado
se acercaba con candor
diciéndole: —¡Bella flor,
si no me quieres amar
yo te mandaré a matar
sin piedad y sin dolor!

24

Pedro que al acecho estaba
como una fiera salió
y el conde cuando lo vio
la espada desenfundaba.
Pedro que se lanzaba
le sujetó con valor.
El dijo: —¡Soy tu señor,
me tienes que respetar!
—¡Calla infame, has de pagar
lo que le has hecho a mi amor!

25

Pedro con gran ligereza
al suelo al conde tiró:
el corazón le partió
y le arrancó la cabeza.
Enseguida con presteza
la noticia se corrió:
en la isla se silbó
desde montaña a montaña
dando cuenta de la hazaña:
que un hombre al conde mató.

26

La noticia que llegó
enseguida, con presteza,
decía que a la condesa
de matarla se acordó.
La condesa se enteró
por medio de la criada,
gomera muy estimada
que el silbo bien entendía
y a Beatriz enteró
pues si no no sabe nada.

27

A Gran Canaria mandó
de prisa una carabela
que mandó a toda vela
con auxilio que pidió.
Ella al punto se encerró
en la Torre bien trancada
que muy pronto fue asaltada
por multitud de gomeros,
los que trabajaban fieros
por ver si la derribaban.

28

¡Qué noches de sufrimiento,
de amarguras y tristezas
se pasó nuestra condesa
llorando su descontento
esperando su momento
a su muerte tan cercana!
Se asomaba a la ventana
por ver si el barco venía;
con devoción le ofrecía
oraciones a Santa Ana.

29

Quiso la Virgen sagrada
desde lo alto del cielo
darle un poco de consuelo
a aquella desconsolada,
que con ansiosa mirada
vio venir la carabela
que con viento a toda vela
como una bala venía
entrando por la bahía
que andaba más que el que vuela.

30

Hupalupo diligente
su ejército preparó
que con flechas los armó
y obedecieron fielmente.
—¡Deben de tener presente
que nos vienen a engañar!
¡Nos debemos replegar
en trinchera a la montaña
y aunque venga toda España
no nos pueden derrotar!

31

Saltan soldados armados
y antes de la retirada
lanzaron varias pedradas
sobre los recién llegados.
Huyeron escalabrados,
algunos de ellos huyeron,
en la orilla se escondieron
donde nadie se acercaba
y al que a la torre entraba
muy pronto muerte le dieron.

32

Por fin ofrece perdón
a los guanches la condesa
y fue tanta su simpleza
que acatan con decisión.
Dice Hupalupo: —¡Traición,
señores, tienen urdida;
yo y mi familia querida
eso no hemos de aceptar:
el que lleguen a agarrar
ha de ser quemado en vida!

33

A la iglesia de la Villa
bajan a ser perdonados
a donde fueron quemados
como una mala semilla;
cayeron en el trampilla
como el sabio había anunciado;
por su inocencia han pagado
como inocentes corderos
aquellos pobres gomeros
vilmente sacrificados.

34

Hupalupo en su amargura
inclinó la vista al cielo
pidiéndole a Dios consuelo,
fortaleza y energía:
—¡Ayúdame, Virgen mía,
que en estos foles sopladados
puedan mis hijos amados
a la otra costa pasar
y que se puedan librar
de ser hoy sacrificados!

35

Tengan, mis hijos, valor
que no nos vale llorar;
de ésta os voy a librar
si lo permite el Señor.
De ambos es grande el dolor
al separarnos en vida
que ésta es la mayor herida
que sufre mi corazón.
¡Adiós, y tengan tesón,
siendo así la despedida!

36

¡Quiera la Virgen divina
 que en estos foles unidos
 pasen mis hijos queridos
 a aquella costa vecina!
 Si la suerte os peregrina
 en ese viento que va
 muy pronto os llevará
 a esa tierra hospitalaria:
 la Virgen de Candelaria
 es madre y os guiará.

37

Fue la Virgen protectora
 que a una playa los llevó
 y un pastor los recogió
 por llegar en buena hora.

Por su padre Iballa llora
 y Pedro le ha consolado.
 Buen auxilio le ha prestado
 y muchos años vivieron
 y varios hijos tuvieron
 de un proceder muy honrado.

38

Cuando el gran sabio perdió
 de vista a su fiel pareja
 sin pronunciar una queja
 al abismo se lanzó;
 allí su vida acabó
 pero no acabó su historia.
 Su vida fue muy notoria,
 sabio de la naturaleza
 y en pago de su nobleza
 Dios lo recogió en su gloria.